

ESCLAVOS EN BRASIL

Operativo Libertad

Texto: Bernardo Gutiérrez Fotos: Joao Ripper

TESTIMONIO
EXCLUSIVO



La Policía Federal identifica a 126 trabajadores esclavizados en la hacienda Tueré, en el municipio Senador José Porfírio. Sus nuevas vidas están a punto de comenzar.

Créase o no, todavía existe la esclavitud en Brasil. La practican algunos hacendados en las profundidades de la Amazonia y la sufren los más pobres. El Gobierno de Lula lo sabe, y está dispuesto a acabar con ella mediante operativos que buscan devolver la libertad y la dignidad a estos trabajadores. Un reportero español fue testigo directo de una de ellas y nos la cuenta en exclusiva. Las fotos documentan cómo se llevan a cabo estas acciones en diversas *fazendas* del país.

Marabá, capital americana de la esclavitud, me recibe con niebla sucia y una llovizna cansina y triste. El viaje por carretera desde Belém fue un anticipo del paisaje apocalíptico que me acompañaría en los siguientes días: pastos marrones y resecos, selva dismantelada, tiendas de motosierras, humo putrefacto. El operativo antiesclavismo del Grupo Móvil del Ministerio de Trabajo está a punto de empezar. Y tengo la suerte de ser el primer periodista que acompañará la misión de principio a fin. Estamos en el Exproso de la Esclavitud, como se conoce a una región rica en recursos al sur del Estado de Pará que atrae a los inmigrantes de otros Estados paupérrimos: Piauí, Tocantins, Maranhao, Bahía y Pernambuco. Llegan con sueños de prosperidad, seducidos por el espejismo de bienestar que les describen los *fazendeiros* (hacendados). Muchos acababan convertidos en sombras humanas: presos bajo las argollas invisibles de la esclavitud del siglo XXI. Sin salario, aislados, desnutridos. Humillados.

Preparativos. El vestíbulo del hotel Nova Marabá es un auténtico hervidero. El equipo del Grupo Móvil va apareciendo. Son cuatro fiscales, un coordinador, un conductor, cinco miembros de la Policía Federal y el procurador del Ministerio Público. Nadie habla alto. La operación es *top secret*: no podemos correr el riesgo de que alguien escuche una palabra. Aparece Wallace Carvalho, el coordinador: regordete, cara de simpatía, voz grave. Casi en un susurro, confirma que mañana saldremos a las cinco de la madrugada. Cuatro vehículos todo terreno de color blanco nos llevarán hacia las putrefactas profundidades de la Amazonia.

La ruta es una incógnita. Falta confirmar la pista en la ►

TESTIMONIO EXCLUSIVO

► Comisao Pastoral da Terra (CPT), el ala izquierdista de la Iglesia, los “curas revolucionarios” que trabajan incansablemente por los derechos de los campesinos. Su sede está escondida en un callejón mohoso de Marabá la Vieja, al lado del descomunal río Tocantins. Regina Ferreira, una mulata de ojos sinceros, me explica las precauciones que adoptan:

—Ni siquiera tenemos un cartel en la puerta. Los *fazendeiros* podrían quemar todo esto.

La CPT brinda calor, comida y alojamiento a los trabajadores huidos. La pista que sigue esta Comisión coincide con la de Wallace: una *fazenda* con unos 80 trabajadores esclavos en Sao Felix do Xingú, reino de los pistoleros, la mafia maderera y la inmoralidad. Edimundo Rodrigues, presunta víctima fugada, será nuestro guía.

Operación salida. Son las 5.20 horas. Arrancamos. Edimundo va a mi lado, silencioso, pálido. Nuestra autopista al infierno se llama Transamazónica, una carretera-agujero de polvo rojo que se construyó a principios de los años setenta bajo el lema de “Una tierra sin hombres para hombres sin tierra”, a golpe de excavadoras y promesas de un El Dorado vegetal. Enseguida, tomamos un camino de la red terciaria de la Amazonía: polvo

“La Transamazónica, una carretera-agujero de polvo rojo, es nuestra autopista al infierno”



Wilaon Soa Santos está amenazado de muerte por denunciar el trato degradante y los asesinatos que presencié en la hacienda donde trabajaba.

sobre polvo, barro sobre baches insondables. Avanzamos hacia el infierno del Xingú por una ruta que no aparece en ningún mapa. Un todo terreno se sale de la senda, se queda empantanado en una brecha. Todo el mundo se detiene a ayudarnos: camiones, coches, carretas. Ir con

la Policía Federal tiene sus ventajas. Después de arrancar, Edimundo —31 años, barba fina y voz insegura— me va contando su historia.

—Tuve que venir andando, sin un real. Mendigaba comida en casas del camino.

Van aparecieron pueblos del “*far oeste*”, como se conoce aquí al Brasil profundo: casuchas de madera con carne colgada en las puertas, tabernas oscuras pobladas de entes bostezantes. El *look* de moda es impresionante: botas de vaquero, machete al cinto y sombrero de Billy el Niño. Paramos en una aldea sin nombre, absolutamente no globalizada. No llega ni la Coca-cola, sólo los *refrigerantes* Samba: Samba Cola y Samba Limón. Todo un lujo. Continuamos por un camino sembrado de tiendas y “clínicas de motosierras” que se anuncian con frases como “Lo mejor para tu motosierra” o “Cuidamos a tu motosierra con cariño”.

En parajes como este, reino de la *caça* y los *cowboys fazendeiros*, viven los últimos esclavos de Brasil. Dormitan en lonas o barracas de paja, envueltos en mosquitos. En fincas aisladas, en medio de la jungla. Sin retretes, sin agua potable. ►

Un tronco impide el paso de los fiscales del Grupo Móvil, que se dirigen hacia la hacienda Tueré. Fue derribado a propósito.



► Prácticamente sin posibilidad de fuga. A merced de la desnutrición y la malaria.

Deudas fatales. Según un informe de la Comisao Pastoral da Terra, en Brasil hay unos 25.000 esclavos. Pero de acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la cifra sube hasta 40.000.

—Es imposible saberlo. Este es un país inmenso, con lugares de muy difícil acceso —me ofrece como explicación Wallace Carvalho.

Regina me describió en la fantasmal sede de la CPT el proceso de esclavización:

—Llegan a los denominados “hoteles de peones”. Entonces aparece el “gato”—el intermediario—y paga su cuenta. Ya están endeudados. Y cuando llega el momento de cobrar, la deuda será mayor que el sueldo.

Esta técnica ya era utilizada por los *seringueiros* (recolectores de caucho) del siglo XIX, cuando la burguesía esclavista de Manaus y Belém construyó su lujoso imperio sobre los dividendos del látex.

Seguimos atravesando pueblos fantasmales anclados en medio del camino, avanzando en este universo paralelo que para mi sorpresa no existe ni en el mapa oficial de carreteras. Quizá por ese desamparo geográfico-existencial, los camiones y los coches que nos cruzamos lucen carteles tipo “Dios es grande”, “Dios es fiel” o “Aquí está la poderosísima mano del Señor”. Necesitan saber

que aunque en la autovía del Xingú sólo sirvan los mandamientos de la “Biblia de la motosierra”, hay alguien que vigila allá arriba. Lo que no saben es que en caso de que Dios exista, existiese o hubiera existido, tampoco tendría un mapa del camino que une la Transamazónica con Sao Felix do Xingú.

—A los trabajadores les suelen llevar en camiones, hacinados, por la noche, para que no sepan el camino de vuelta —me cuenta Guillermo Moreira, uno de los fiscales.

Con las manos vacías. Ya llevamos casi siete horas entre polvo rojo, dejando pistas falsas a nuestro paso, preguntando por la dirección equivocada a los “hombres machete” de los cruces de caminos, pues los *fazendeiros* tienen toda una red de *olheiros* (vigilantes). A un vehículo se le desmonta la placa de abajo. Paramos. Cícero Rezende, el conductor oficial, todo un superhéroe del volante, se las ingenia a lo McGivver para encargar en un taller del camino un tubo de hierro que sirva de remolque. Edimundo confirma que falta poco. Después de nueve horas y 280 kilómetros en ruta, llegamos a la *fazenda* Santa María, en medio de la selva. La policía entra armada. Los fiscales, detrás. Comienza un registro exhaustivo, un interrogatorio duro. Y llega la sorpresa: todo está en orden. Apenas hay quince trabajadores, y todos tienen contrato. Si acaso, alguna irregularidad menor.

—A veces, el trabajador huido habla demasiado en el camino. Cuando llegamos no hay nada —dice Nilza Barroso, otra fiscal.

No hay tiempo para volver a Marabá. Tenemos que dormir en Cuatro Bocas, un desvencijado y oxidado pueblo, metáfora del “*far oeste*” brasileño. Podría ser el escenario, por ejemplo, de *Murder in For Mouths*, *Billy the Kid new one*. Mi mano está a punto de reventar, hinchadísima. Me mordió una diminuta *formiga de fogo*, la “hormiga atómica” del Xingú. Me cuenta Cícero, el héroe del embrague, que si te muerden cuatro o cinco te desmayas envenenado. Los ánimos están por los suelos.



Al sur de la carretera Transamazónica, en el Estado de Pará, varios caminos en pésimas condiciones llevan a las haciendas esclavistas. No aparecen en ningún mapa.

—Por lo menos, correrá la voz entre los *fazendeiros* —se consuela Benedito Florindo, otro de los fiscales.

Las sospechas hacia Edimundo crecen: ¿Habrá exagerado? ¿Se lo habrá inventado? Cenamos en una cantina desamparada. La noche nos brinda el espectáculo del Desfile Anual de Misses de Cuatro Bocas, patrocinado por la “élite machetera” de la zona. Me acompañan tres policías federales, el procurador Paulo y el “falso o exagerado” denunciante, Edimundo. El presentador no deja de agradecer las colaboraciones de la *fazenda* Universo Verde, de la *fazenda* Acero Afilado... Los *fazendeiros* —con sombrero, cuchillo y botas— están a nuestro lado. ¿Serán crueles esclavistas? La noche muestra cómo en este universo paralelo, la realidad supera siempre a la ficción. Hay tongo. Gana la más fea: una niña de unos catorce años, probable familiar de algún “machetero de oro”.

“Vamos dejando pistas falsas para confundir a la red de vigilantes de los hacendados”

Operación retorno. Al amanecer, ponemos rumbo a Marabá, con un coche remolcado. El equipo sobrelleva el varapalo con buen humor. Bromean continuamente a través de las radios. Todos los que trabajan en el Grupo Móvil lo hacen voluntariamente: se nota en su actitud positiva. Unas 60 personas del Ministerio, ►



Restos de la deforestación sistemática llevada a cabo en la hacienda Tueré. Una vez retirados los troncos más grandes, los restantes son quemados para acelerar la limpieza del terreno y arrancar a la selva nuevos pastos.

► auditores fiscales, son habituales. Realizan unas cuatro incursiones por mes. En 2003, hubo 66 operaciones, 196 *fazendas* fiscalizadas y 4.879 trabajadores liberados. En 2004, fueron 71 operaciones, 267 *fazendas* fiscalizadas y 2.745 esclavos rescatados. La presión del Gobierno y el aumento en un 1.900 por ciento del número de informaciones publicadas por la prensa sobre la explotación de seres humanos ayudan a que cada vez haya menos *fazendas* esclavistas.

Aunque el Grupo Móvil nació en 1995, siendo Fernando Henrique Cardoso presidente de Brasil, sus objetivos no estaban entonces claros. La llegada de Lula



A menudo, las motosierras que utilizan los esclavos están en mal estado y les provocan heridas.

al poder supuso un balón de oxígeno: reconoció por primera vez ante las Naciones Unidas la existencia de estas prácticas en Brasil, estableció el Plan Nacional para la Erradicación de la Esclavitud (2003) y triplicó los recursos de la fiscalización móvil.

Marabá se insinúa en el horizonte. Su promiscuo y destartado reflorecimiento en los años ochenta se produjo al amparo de Serra Pelada, la mina de oro más grande de la Historia, que hemos bordeado por su cara norte. Los 150 kilómetros que separan la ciudad y la Serra se convirtieron en “Prostibulolandia”, refugio de lunáticos *garimpeiros* (buscadores de oro) que pagaban con pepitas inmensas los amores recalentados de una noche. Pero la riqueza se esfumó y llegó la era del “*far oeste*”. Los *garimpeiros* perdieron los dientes de oro, uno a uno, pagando deudas. Ahora vagabundean, desdentados y solitarios, por las calles de la tórrida Marabá que nos recibe.

Mañana salimos hacia Tucuruí. Tenemos otra denuncia. El nuevo delator, Eriswaldo Goma, de 27 años y mirada sincera, inspira confianza.

El doctor maquiavélico. En el cuarto día de trabajo esquivamos los 300 kilómetros de la Transamazónica que separan Marabá y Pacajá: el trecho está impracticable hasta para un todo terreno. Por eso damos un gran rodeo por asfalto hasta Tucuruí, próximo a Pacajá. Eriswaldo, apodado Dega, va desgranando su historia. Nos muestra una cicatriz de 42 puntos en la tripa, recuerdo de una motosierra en mal estado.

El acceso por la carretera Transamazónica y sus caminos es difícil. Con frecuencia, los vehículos se quedan estancados en el barro y los socavones.



Después de escapar de una hacienda, este trabajador consiguió denunciar al patrón. Ahora acompaña por la selva a la Policía Federal y a los fiscales para indicarles el camino hacia las tierras de la esclavitud. Le tapan la cara para que no sea reconocido.

—La máquina era vieja; cuando caí desangrado, el patrón ni me pagó medicinas —dice tímidamente.

Dega tiene dos hijas y un hijo. Su mujer no quería dejarle venir.

—El *fazendeiro*, el doctor Delio, vive en Araguaína, como nosotros. Tenemos miedo de que me mate —confiesa.

Este doctor Delio, dueño de una clínica, es rico. El maquiavélico esclavista mantiene su prestigio impoluto.

Cara a cara con el horror. Ponemos rumbo a Pacajá, hacia la Transamazónica, por caminos retorcidos y minados de baches. El destino se ceba con nuestra caravana antiesclavista. Un vehículo pincha, y un anciano camionero nos ayuda a cambiar el neumático. Mientras, los fiscales hacen parar furgonetas cargadas de gente. ¿Dónde trabajáis? ¿Tenéis contrato? ¿Son buenas las condiciones? Todo en orden. Conducimos duro, sin parar. La *fazenda* Primavera II,

denunciada por Dega en la CPT, está al final de un inmenso subcamino que sale de la Transamazónica. Infelizmente, cantamos bingo. Marinalva, la cocinera de la *fazenda*, nos presenta al encargado, Orion, que nos guía a caballo

varios kilómetros selva adentro. Nos muestra un barracón de paja donde los trabajadores duermen en hamacas de tela. Beben con el ganado, y nadie recibe salario. Los fiscales trabajan duro. Deuzealdo Silva—23 años, rostro empolvado, mirada triste— nos describe una dura jornada de trabajo de sol a sol.

—Sólo tenemos carne cuando se muere una vaca que come hierba envenenada

—afirma Wilson Ferraz, hombre desarrapado que trabaja como *meloso* (cargando las herramientas).

El resto de trabajadores está diseminado en barracones dentro de una tupida vegetación llena de jaguares. Marivalda, la cocinera esclava, prepara arroz con *feijao* (judías) para 40. Con la noche cerrada, aparecen unos 30 trabaja-►

“El encargado nos muestra un barracón de paja donde los esclavos beben con el ganado”

► dores: ojerosos, cansados, silenciosos. Los fiscales toman sus datos a la luz de una vela, pues el calavérico doctor Delio no se dignó ni a instalar un generador. Uno de los esclavos liberados agarra una guitarra y se arranca con música sertaneja (cruce de rancheras y *country* abrasileñado). Nos deleita con un repertorio de liberación a lo Bob Marley en *Redemption song*: “Tengo la sensación de estar viendo una escena de película de terror, voy a cantar a ver si la vida cambia”. Dega, angustiado por el miedo a que el encargado le reconociese, se quedó camuflado en el todo terreno con un policía. Finalmente, partimos. Rozando la medianoche llegamos a Pacajá, el corazón de la Transamazónica, una urbe de polvo rojo, *cachaça*-dinamita y motosierras afiladas. El *xerife* (como traducen *sheriff* al portugués de Brasil) es también cura-alcalde. Que Dios o el diablo transamazónico nos pille confesados.

Última fiscalización. El doctor Delio también ha sido denunciado por su *fazenda* Río dos Bois, más aislada todavía. En el sexto día de expedición, la comitiva recorre la maltrecha carretera sorteando inestables puentes de madera. La devastación nos sobrecoge: horizontes calcinados, letanías de motosierras, colinas vestidas de humo. La entrada en la hacienda es todavía más tenebrosa. Encontramos una barraca de paja en medio de la tierra quemada. Un niño de quince años, Maciel, nos enseña su mano casi partida, cosida manualmente, hedienta. Daiana Lopes, catorce años, es la cocinera. Ninguno de los diez trabajadores sabe por qué queman y deforestan. Sólo saben que no pueden salir. Raimundo Eldía, negro canoso de Maranhao, de 66 años, confiesa que no tiene contrato:

—Nunca en mi vida tuve documentos—nos dice sonriente, con una mirada de niño extraviado.

Volvemos a Pacajá, navegando entre la oscuridad. Decenas de camiones cargados de troncos descomunales surcan la Transamazónica sin ley. No vemos ni un solo



Un policía federal intenta colocar en fila a los hombres recién liberados para organizar la salida de la hacienda Tueré y el retorno a sus casas en camiones.

puesto de fiscalización del IBAMA (Instituto Brasileño del Medio Ambiente). Woody Allen, en una de sus películas, colocó en el primer sótano del infierno a jueces, periodistas, médicos e inspectores de hacienda. En el segundo situó a los agentes de bolsa y abogados. Creo que el director estadounidense estaría de acuerdo conmigo: en el tercer sótano del infierno se encuentra esta carretera traicionera. Aunque seguro que él, si hubiera rodado una desternillante comedia titulada, por ejemplo, *Misterioso asesinato en la Transamazónica*, retocaría los carteles de los camiones: “Dios es grande y mi machete también” o “Dios no existe pero tengo una motosierra salvaje”.

“Horizontes calcinados,
letanías de motosierras,
colinas vestidas de humo:
la devastación sobrecoge”

Llegamos a la *pousada* Pedra Escrita, la única decente de Pacajá, que por ironía “faroestiana” o “woodyallense” está instalada en el interior de una empresa maderera.

El precio justo. Pacajá, día séptimo. El doctor Delio está acorralado. Ha aceptado pagar todos los salarios atrasados de los 37 esclavos liberados. Eso sí, no dará la cara: enviará a un representante. El Poder Judicial de Pacajá será mañana el lugar de encuentro de los trabajadores y de la mano derecha (e invisible) del doctor Delio. La *pousada* Pedra Escrita se convierte en una trepidante oficina. Los fiscales sacan sus portátiles y sus impresoras. Estudian la indemnización de cada trabajador. En el vestíbulo, Dega

ve la televisión, la Rede Globo, cadena empeñada en mostrar escenas de la gente *cool* de Río de Janeiro. Desde Pacajá, estos programas parecen mostrar una retocada y patética realidad virtual. Una americanada descafeinada nos enseña al “niño hamburguesa”, gordo y rubio, que enfrenta (como Dega) el momento más trascendental de su vida. En su caso es la partida de bolos de fin de curso. Si pierde, su mundo se desmorona. ¿Estamos en la Transamazónica o en Wisconsin?

—¿Te gusta la televisión, Dega? —le pregunto.

—A veces—dice.

—¿Y si saliesen *fazendas*, árboles, campo?

—Me gustaría más.

En seguida, olvidado el “niño hamburguesa”, me habla de sus planes. Huir con su familia a otra ciudad. Empezar de cero. Lejos del doctor Delio.

Paulo Costa, procurador del Ministerio Público, explica qué ocurre cuando un *fazendeiro* no paga rápido.

—Se le bloquean todas las cuentas y, en caso de que continúe sin hacerlo, se le embargan los bienes—asegura.

En 2004, el Ministerio de Trabajo recaudó en torno a 1.300.000 euros de *fazendas* esclavistas. Luego llega, además, una sanción económica demoledora. Hasta que el Gobierno de Lula no presionó, la tónica era la impunidad: las multas no existían. El grupo empresarial Lima Araujo, por ejemplo, fue condenado el año pasado a pagar 24,3 millones de euros por las condiciones laborales en sus fincas. Otra medida reciente y eficaz ha sido la de publicar una “lista negra” con los patrones explotadores.

Sueños de libertad. Pacajá, día octavo. Los esclavos liberados se arremolinan en las puertas del oxidado Poder Judicial, bajo un sol implacable. Aparece Vitor Tiburcio, ►

Antes de abandonar la hacienda Estrela das Alagoas, las víctimas de la explotación son retratadas para luego pedir las indemnizaciones.



► el representante del doctor Delio, con un sombrero marrón, mirada turbia y un saco lleno de dinero. Las horas pasan lentas, perezosas. Los trabajadores entran uno a uno. Salen con la *carteira de trabalho* en la mano, con el dinero en el bolsillo y el paro garantizado.

—En la vida he tenido tanto dinero. Con 30 reales me habría conformado —asegura la cocinera Marivalda, que ha conseguido 2.900 reales (unos 800 euros).

La espera se hace eterna. Muchos trabajadores se tumban en el suelo del pasillo, desesperados. Dentro, en un gélido ambiente de aire acondicionado, el lúgubre Vitor Tiburcio va sacando fajos de billetes de su saco sucio. Fuera, la Policía Federal hace una férrea guardia. Tarcisio Silva —responsable, amable, atento— vigila la puerta con su metralleta en la mano. Giverdon, un maranhense de 58 años, negro, simpático y bonachón, se dedica a aliviar la espera con irreverencias.

—Te voy a llevar presa —le dice a cada mujer que pasa.

Cuando ellas le miran asustadas, Giverdon matiza:

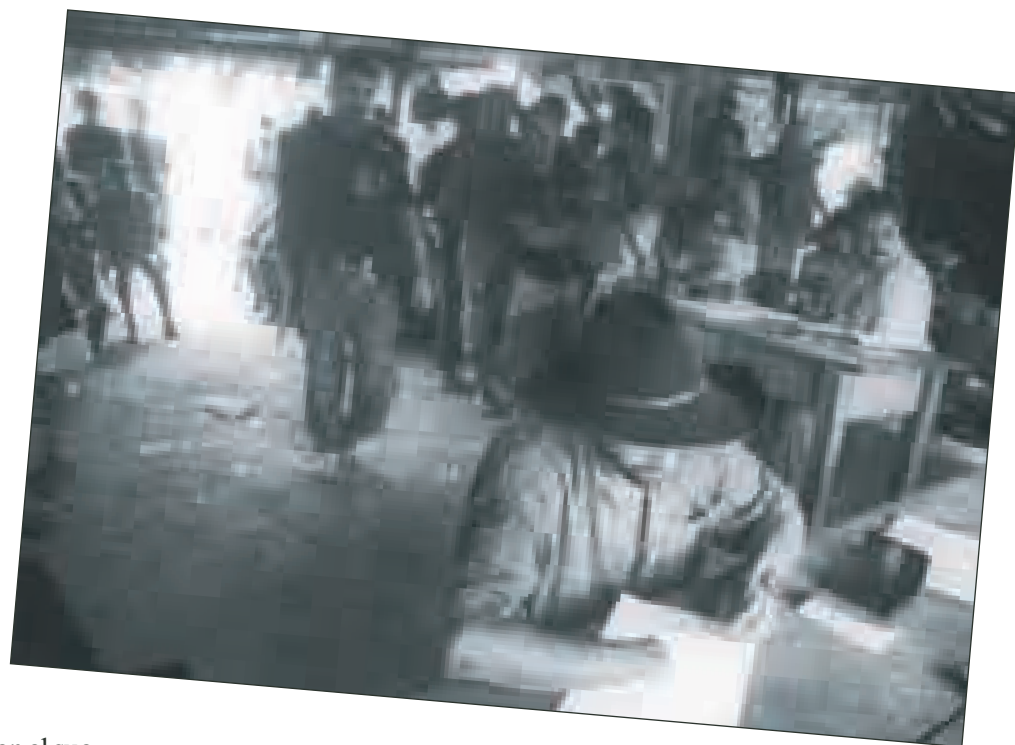
—Presas en mi corazón, mi amor.

El escribano de la policía, Fabio Azevedo —achaparrado y charlatán—, cuenta chistes nordestinos, la mayoría de *xifres* (cuernos). Se agradece el esfuerzo. El día es plomizo y eterno en Pacajá. En los supermercados es muy difícil encontrar agua: sólo hay estanterías repletas de *cachaça*. Vistosos carteles anuncian el concierto del mes, el show de la banda de moda en la Transamazónica: el grupo Cala a boca e me beija (“Calla la boca y bésame”).

Los trabajadores van saliendo del juzgado con caras esperanzadas, con proyectos para su dinero.

—Voy a comprar ropa para mi familia, dos camisas y dos pantalones para mí, y una televisión —asegura Maciel França, de 45 años, liberado en la hacienda Primavera II.

Walcenar Días, guitarrista de vocación, sale exultante. Me habla de sus artistas favoritos. De las guitarras que nunca tuvo y ahora, con sus 23 años, tendrá. El procurador aconseja en alto a todos los trabajadores que no se gasten “el dinero ni en *cachaça* ni en mujeres”. El doctor



Un trabajador que perdió una mano durante la tala de árboles firma para recibir la indemnización asignada por los tribunales después de la liberación.

Delio ha fletado un autobús que les llevará a todos de vuelta a casa mañana.

Llega el turno de Raimundo Eldia, el anciano indocumentado de Maranhao. Le acompaño hasta la sala de los fiscales, donde Vitor saca manojos de billetes. Raimundo parece asombrado. Le señalo con el dedo el aparato de refrigeración y sonrío fascinado al percibir por primera vez en su vida de 66 años la magia del aire acondicionado. Al salir, me mira sin creerse del todo los extraños acontecimientos de los últimos días.

Cuando la noche cae, Dega sale del juzgado. Ha recibido la cantidad más elevada: unos 4.000 euros. Me confirma, calmado y alegre, que piensa huir de Araguaína:

—Voy a empezar una nueva vida.

El Grupo Móvil está deshecho. Mañana tomaremos la Transamazónica rumbo a Tucuruí, primera parada de la civilización.

Dejaremos atrás los paisajes de pesadilla del Planeta Machete, sus horizontes desolados, sus campesinos analfabetos y sonrientes. Nos perderemos el concierto de Calla la boca y bésame, sus *hits* amazónicos. Pero pensaremos —de eso estoy seguro— que tanto polvo rojo y tantos caminos truncados han merecido la pena. Atrás quedará Waldemar Días, convertido en todo un *fazenda hero*, con su guitarra nueva, cantando el que, seguramente, será su primer gran éxito de la Transamazónica: “Una tierra sin hombres para hombres sin cadenas”. ■

“Los trabajadores liberados salen del juzgado con dinero en el bolsillo y el paro garantizado”